

americana nos propone un recorrido panorámico del fascismo italiano desde el ángulo de la vida cultural. La tensión mayor que lo define es la lucha entre un intento de modernizar un país atrasado y un rescate de ese atraso como tradición gloriosa, memoria imperial y tesoro de las esencias nacionales. Por una parte, Mussolini quería cambiar radicalmente la vida de los italianos —que no le gustaban tales como eran— por medios violentos (*un calcio nel culo* era su fórmula) y conseguir que Italia figurase al lado de las grandes potencias. Pero por otra parte, ansiaba exaltar lo que Italia tenía de diferente y de propio. Autoritario y populista, se debía a su figura de dictador providencial tanto como al amor de esas masas que adulaba en lo manifiesto y despreciaba en lo latente.

A lo anterior se añade el hecho ideológico de que el fascismo se propuso como revolución. El propio Giovanni Gentile creía que los comunistas eran corporativistas apresurados y que el comunismo llegaría pausadamente a través del régimen fascista. Pero

Mussolini era un político ecléctico, pactista y *pasticcione*, que siempre prefirió el arreglo al conflicto. Sus grandes apuestas bélicas fallaron por delirantes y el país fue destruido entre episodios de guerra civil.

Todo este embrollo dio como resultado una vida cultural contradictoria y creativa. Con la derrota del Eje, en 1945, el proceso de depuración fue débil y apenas sensible, al revés de la virulencia que alcanzó, por ejemplo, en Francia. Importantes figuras de la izquierda cultural provinieron de las filas fascistas y sus jueces, también.

Ben-Ghiat ha seleccionado con acierto los ejemplos (teorías, revistas, libros, películas, diseño, arquitectura) para aliviar la lectura sin perder entereza conceptual. De tal modo, aunque su posición antifascista sea clara, consigue mostrar la amplitud de las contradicciones que hacen del fascismo una entidad histórica y no una gesta heroica ni un esperpento monstruoso.

**B.M.**

## El fondo de la maleta

### *La santidad de los muertos*

En el año 661, los partidarios de Alí Abu Talib lo asesinaron. Se trataba de un primo y yerno de Mahoma, del cual deriva el islamismo chiíta. Desde entonces, esta parcialidad religiosa disputa la primacía con los sunitas. No es infrecuente tal conflicto en el mundo de los monoteísmos, y las guerras entre cristianos así lo demuestran.

Los restos de Alí se encuentran en un imponente mausoleo, en el cementerio de la ciudad de Nayaf. Lugar de peregrinación, centro esencial de estudios teológicos y científicos, Nayaf es tanto una urbe de vivos como de muertos. Su necrópolis es, en extensión, el doble que la propia Nayaf, como si las cenizas de Alí convocaran más a los difuntos que a los vivientes. Según es habitual, la designación del lugar es serena: Valle de la Paz.

Todos estos antecedentes no han valido para sustraer a Nayaf de la guerra que asola a Irak. Más aún: las tropas de Múqtada al Sáder se atrincheraron en el mausoleo de Alí para defender los santos lugares del chiísmo de las acechanzas de los here-

jes sunitas y los demoníacos partidarios del capitalismo anglosajón. Un episodio más de la historia que protagonizan los belicosos monoteísmos semíticos.

La guerra todo lo profaniza, todo lo vuelve espantosamente secular, a partir del más secular y profano de los acontecimientos: la muerte. Así es que los defensores de Nayaf fueron los primeros en profanar el sacro sitio, convertido en trinchera, campo de prisioneros rehenes y patíbulo.

No es la primera vez que el cementerio de Nayaf resulta invadido por las fuerzas del siglo. Dada su extensión, ha servido de refugio de malhechores pero también a muchos adversarios del dictador Sadam Hussein, cuya policía entró en el recinto más de una vez. En el pacífico valle donde descansan tantos cuerpos apaciguados para siempre por la muerte, la guerra ha desmentido la nomenclatura. Pero, por otra parte, ningún lugar es más apropiado para la matanza que un cementerio, donde se tiene el ejemplo más elocuente de la vida como mortandad.

Es, igualmente, el escenario donde se pone en juego el más trágico ejercicio de la libertad: la indiferencia ante el final, la proclama de Dostoievski y de cualquier estoico: no temer, no esperar, encogerse de hombros ante el hecho de estar vivo. Esa es la fuerza de quienes combaten en nombre de unos dioses que autorizan a matar. Todo lo dan de antemano y ninguna pérdida los amenaza.

¿Es posible constituir una sociedad sobre tales principios? La respuesta es negativa. Toda sociedad es una forma colectiva de afirmación vital, que intenta superar la mortalidad de los individuos. El heroico defensor de lugares sagrados que son, en definitiva, obituarios, puede montar ejércitos pero no sociedades. Su ciudad será siempre el suburbio de un cementerio.



## Colaboradores

- ISABEL DE ARMAS: Crítica literaria española (Madrid).  
RICARDO BADA: Escritor español (Colonia, Alemania).  
LUIS BODELÓN: Crítico teatral español (Madrid).  
JOSÉ ANÍBAL CAMPOS: Musicólogo cubano (Barcelona).  
PERE COMELLAS CASANOVA: Lingüista español (Barcelona).  
JUAN GUSTAVO COBO BORDA: Escritor colombiano (Bogotá).  
RICARDO DESSAU: Periodista argentino (Buenos Aires).  
JOSÉ FUSTER RETALI: Historiador del cine argentino (Buenos Aires).  
INMACULADA GARCÍA GUADALUPE: Crítica literaria española (Madrid).  
JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA: Crítico y ensayista español (Berna).  
MAY LORENZO ALCALÁ: Escritora argentina (Buenos Aires).  
EDUARDO MOGA: Escritor español (Sant Cugat del Vallés).  
VÍCTOR PERALTA RUIZ: Historiador español (Madrid).  
JUAN CARLOS PEREIRA CASTAÑARES: Historiador español (Madrid).  
ESTEBAN PONCE: Crítico literario argentino (Greenbelt, Estados Unidos).  
JAIME PRIEDE: Crítico literario español (Gijón).  
ANA MARÍA RABE: Crítica literaria argentina (Berlín).  
MIGUEL REAL: Escritor portugués (Cintra, Portugal).  
AGUSTÍN SÁNCHEZ ANDRÉS: Historiador español (Morelia, México).  
SAMUEL SERRANO: Escritor colombiano (Madrid).  
FERNANDO SORRENTINO: Escritor argentino (Buenos Aires).  
TOMÁS STRAKA: Historiador venezolano (Caracas).  
LORIS TASSI: Ensayista italiano (Nápoles).  
CHARLES TOMLINSON: Escritor inglés (Gloucester).  
MIGUEL ÁNGEL URREGO: Historiador mexicano (México DF).  
GUZMÁN URRERO PEÑA: Crítico y periodista español (Madrid).  
IGNACIO VÁZQUEZ: Lingüista español (Barcelona).  
IBON ZUBIAUR: Escritor español (Tübingen).